www.elboomeran.com

El mundo interior

Francesc Serés

Una historia europea

Traducción de Manuel Pérez Subirana

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1664

www.elboomeran.com

Título original: *El món interior*

© Francesc Serés, 2024

© Raval Edicions SLU, Proa
© por la traducción del catalán, Manuel Pérez Subirana, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Imagen de la cubierta: «Mujer con periquito, foto coloreada a mano, principios de los años 1930».

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull.

institut ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Primera edición: octubre de 2024
ISBN: 978-84-233-6587-6
Depósito legal: B. 15.408-2024
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PEFC Certificado
Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible
PEFC
PEFC/14-38-00305
www.pefc.es

www.elboomeran.com

I

Construir, pensar y habitar

Neukölln, enero de 2022

Si empecé a mirar webs de ofertas de segunda mano fue porque las sillas de nuestro apartamento eran frágiles e incómodas. Tenías que sentarte con tanto cuidado que al cabo de cinco minutos ya te dolía la espalda, siempre estábamos en tensión por miedo a romperlas. No había dos iguales. Marlene, la propietaria, nos dijo que nadie había vivido en el piso desde hacía tiempo, que lo utilizaba como estudio fotográfico y que los muebles eran piezas de coleccionista.

Enseguida encontramos sillas, en estas webs hay muchísimas. De hecho, costaba tanto elegir entre tantas que al final nos decidimos por dos que estaban en la calle de abajo. El hombre que nos las vendió, un señor corpulento y venerable, también anunciaba álbumes de cromos de los años veinte y treinta, y cuando le comenté que me habían gustado, me los enseñó por si estaba interesado en comprarlos. Nunca había visto unos álbumes tan bonitos, tan antiguos y en tan buen estado. Me sorprendieron la cantidad y la variedad de temas que abarcaban, pero so-

www.elboomeran.com

bre todo la calidad de la edición, la conservación de los colores y del papel. Había álbumes de la Primera Guerra Mundial, de coches de época, de la historia de Alemania, de todo aquello que a los niños les pudiera entrar por los ojos. Fue mi puerta de entrada al mundo de los álbumes de fotos. La web de ofertas de segunda mano tiene un apartado dedicado al coleccionismo, con todas las secciones y subsecciones que uno pueda imaginar, desde llaves antiguas a arcos chinos o acordeones. Hay tal abundancia que al final no te fijas en nada en concreto. Lo único que me llamó la atención fue un álbum de fotos muy extraño que, al haber estado mirándolo durante más rato, después me aparecía a cada instante mientras visitaba otras páginas web.

Era un álbum muy barato, constaba la fecha en el anuncio y llevaba allí más de un año. Los álbumes de la Segunda Guerra Mundial con fotografías del frente se venden muy rápido, a pesar de que a menudo sus precios son desorbitados. Los álbumes que no contienen imágenes de ese tipo también lo indican, y eso significa que el precio de venta es razonable. Yo ya tenía las sillas en casa, y los cromos me interesaban relativamente, pero aquel álbum que se anunciaba desde algún remoto lugar de Alemania volvía a aparecer cuando menos me lo esperaba. Era raro porque, en lugar de tener las típicas fotos de boda o de pícnics en el campo, documentaba el proceso de construcción de una casa por parte de una pareja de señores mayores. Junto a álbumes familiares y recopilaciones de fotos de viajes a los Alpes suizos, de vacaciones en el mar del Norte o de incursio-

www.elboomeran.com

nes militares en Francia o en Rusia, ese álbum desplegaba una tediosa monotonía que iba de las zanjas y los postes a los andamios y los sacos de cemento. Después aparecían los muebles y, finalmente, dos fotografías de los abuelos, una de ellas con la casa ya terminada. En las fotos que había colgado el vendedor se percibía una intención narrativa clara: el seguimiento de los avances en las obras, desde que no existía nada, tan solo el terreno nivelado, hasta que se terminaba la casa. En el anuncio de venta se indicaba que había más de doscientas fotos y mostraba la primera, con el solar vacío, y también una de las últimas, una habitación con su mobiliario.

Además, había algunas fotos del álbum, que parecía que estaba en buen estado, y algunos detalles de las fechas en que habían sido hechas las fotos: 1934, 1935 y siguientes. Podía ser un buen documento sobre cómo se construía una casa durante los años previos a la guerra. El precio era bajo, veinticinco euros sin contar el envío. Si al final no era de mi agrado, tampoco perdería demasiado. Dasha, mi mujer, me miró con su cara de «con qué le habrá dado ahora», pero yo me puse en contacto con el vendedor, le hice una transferencia y, al cabo de una semana, el libro llegaba a casa.

Comprar en estas páginas de segunda mano tiene algo de regalo imprevisto y aplazado. Intentas mantener un diálogo lo más amable posible con el vendedor, para que así te dé una buena nota como cliente, lo que hará que otros vendedores te traten cada vez mejor. Entonces haces la transferencia y esperas a que el vendedor te envíe el paquete. Sabes que tar-

www.elboomeran.com

dará una o dos semanas, entre una cosa y otra, tiempo suficiente para que te olvides del asunto o, como mínimo, para dejar de esperar y encontrarte un día con la notificación de que el cartero ha pasado por casa pero tú no estabas. Me alegré mucho al recibirlo, era la primera cosa que me llegaba por correo a Alemania. He de confesar que, con las ganas que tenía de hablar con alguien en aquellos últimos meses de covid, había preparado algunas frases para cuando llegara el mensajero. El mensajero, sin embargo, fue al grano y prosiguió su ruta.

El álbum era mucho más bonito que en las fotos. La mayoría de los vendedores de segunda mano tienen unos recursos fotográficos más bien escasos, y también es cierto que los compradores —ahora hablo desde la experiencia de haber comprado algunas cosas—, cuando vemos fotos de muy buena calidad, desconfiamos y pensamos que quizá están tan bien hechas porque lo que se vende no es tan bueno. Todos nos hemos llevado algún que otro disgusto, pero no fue el caso de este álbum, que es precioso. Las tapas son de color verde oscuro, de imitación de piel, y los filetes dorados han perdido su brillo *kitsch*, que ha quedado atenuado por todo lo que ha pasado durante este tiempo. El álbum está tan bien hecho y tan bien pensado como la casa que construyen. Diseñaron el objeto con el mismo cuidado y atención, con la misma tensión con la que visitaban y supervisaban las obras de su casa. En el lomo, y esto no lo vi cuando lo compré, escribieron con mucho cuidado, como si quisieran imitar alguna tipografía concreta, *Unser Haus I*, es decir, «Nuestra casa I». ¿Eso significa que

www.elboomeran.com

quizá en algún lugar haya un *Unser Haus II*? No lo sé, cómo podría saberlo... Lo he buscado con ese descriptor en otras páginas web —bien sabe Dios que lo he buscado— y no he encontrado nada. Han transcurrido muchos años, quizá la guerra arruinó los planes de la segunda parte, quizá se ha perdido, quizá todavía lo tienen los herederos... Hay tantos *quizá* que se podría llenar la segunda parte solo con conjeturas. Sea como fuere, solo tengo el *Unser Haus I*, pero lo tengo, y eso es lo importante, porque da la impresión de que este álbum se hizo para que llegara hasta nuestros días. Ha sobrevivido porque, como la casa, tiene paredes maestras y tabiques pensados para perdurar. Para aquella pareja este álbum también era su casa.

Es robusto, las tapas son duras pero acolchadas y las páginas gruesas, con la fibra del papel muy visible. Cada página contiene tres o cuatro fotografías y la mayoría son muy correctas: muy pocas están movidas o desenfocadas y apenas hay redundancias. El papel sulfurizado que las separa, gofrado como una tela de araña, está intacto, y las fotos están tan bien pegadas que todavía me pregunto con qué lo hacían. Cuando era pequeño, mi madre, para pegar los cromos, me preparaba una pasta con harina y agua, y Dasha me dice que en Rusia lo hacían con almidón, que más o menos es lo mismo. No sé qué tipo de pegamento utilizaban los dueños del álbum, solo sé que las fotos están perfectamente fijadas y que la química no ha afectado a la superficie de las imágenes. No hay ningún bulto ni ninguna zona amarillenta, es difícil de creer que no haya mancha alguna

www.elboomeran.com

en la superficie de la emulsión. Tampoco se aprecia ningún error de revelado.

El álbum es una película de cine mudo. Empieza con imágenes del escenario, el solar en el que construirán la casa, que es un terreno de grandes dimensiones, con bancales y solares que separan las casas, desperdigadas aquí y allá. El terreno es llano y no hay árboles, tampoco edificios singulares ni ningún elemento en el paisaje que ofrezca alguna pista de dónde puede estar. Desde este punto de vista, es una casa ideal en un lugar ideal. Está rodeada de campos, huertos y jardines, así como de otras casas algo alejadas. Los caminos de tierra son llanos, amables. Podría ser cualquier lugar de Alemania, estar en todas partes y en ninguna.

Este álbum no ha circulado y no sé de dónde sale; aunque le insistí al propietario, no supo o no quiso decirme nada al respecto. Los vendedores son contingentes, quizá tan contingentes como yo, meros depositarios. A veces me imagino a los dueños de los álbumes preguntándose en qué manos acabarán, a qué otra casa irán a parar en unos años. Yo también les podría preguntar a ellos de dónde vienen... ¿Quién podría saber dónde se encuentra esta casa? Nadie. No hay ningún cartel, ningún nombre, ningún campanario a lo lejos, ninguna pequeña montaña que te permita orientarte. Podría tratarse de cualquier lugar. De hecho, la primera fecha, que aparece en la primera página, acompaña a una foto en la que la casa ni siquiera existe, solo se ve el solar, el vacío. Pone «Okt. 1934»; octubre de 1934, hace noventa años.

www.elboomeran.com

Los caminos de tierra de las primeras páginas pueden imaginarse como futuras calles. Junto a estas franjas llanas hay una hilera de casas pareadas, como existen tantas en Alemania, situada a unos cien metros de donde se adivina un incipiente huerto. Los cuatro protagonistas del libro aparecen enseguida: hay un hombre y una mujer mayores, de unos sesenta o setenta años, y una mujer más joven, que parece su hija. Hay un chico que sale menos, que es de suponer que es quien hace las fotos, y a veces una quinta persona, alguien que los ayuda con el huerto y que fotografía a los cuatro juntos. Pasan los meses y, como si se tratara de un calendario, el cambio de estaciones muestra cómo se prepara la tierra, cómo siembran patatas, habas y zanahorias, y, a medida que saltamos de una imagen a otra, la cosecha y una hoguera con los restos secos. Tras plantar algunos retoños en el jardín, empiezan a clavar postes, a hacer zanjas y a llevar hasta allí ladrillos y tierra. Estas

www.elboomeran.com

fotos las había visto en el anuncio de la web, con distintos ángulos de los cimientos y pilares, de los rincones y de los espacios para los servicios.

Si compré el álbum fue porque yo hice lo mismo cuando reformé la casa de mi abuela en Zaidín. Fue en 2011, y lo hice con Pepe y Marco, padre e hijo, dos albañiles que trabajaron durante tres meses en las partes más complicadas, las que necesitaban maquinaria y licencias. Del resto me encargué yo por mi cuenta. Como no teníamos planos —Pepe decía que los planos siempre eran mentira—, íbamos decidiendo a medida que avanzábamos, todo dependía de lo que nos encontráramos. La casa tiene varios siglos, algunas partes entre tres y cuatro. En la clave del arco pone Antonio Ibarz 1792, y es evidente que es una piedra superpuesta, pues el arco es mucho más antiguo, está desgastado; es decir, que lo más probable es que Antonio hubiese comprado la casa y hubiera colocado la piedra nueva con su nombre. Mientras hacíamos las obras yo fotografiaba los progresos. Protegí la cámara del polvo y del agua con una bolsa e hice miles de fotos. Tengo una veintena de carpetas con fotografías de la bodega, la planta baja, la segunda planta, la terraza, la fachada, la escalera, las piezas de madera, la cocina, la pintura... Pasé un año entero reformándola, y mientras trabajaba con albañiles, carpinteros, yeseros y electricistas sacaba fotos para documentar nuestros avances, así, si después teníamos que volver sobre algún punto sabíamos lo que íbamos a encontrarnos. Después de tres meses trabajando juntos nos hicimos muy amigos. Pasamos por situaciones de todo tipo, porque en una casa antigua nunca

www.elboomeran.com

sabes con qué te puedes encontrar cuando empiezas a tocar cosas. Me cuesta un poco escribir esto porque los dos están muertos, padre e hijo. Y yo los apreciaba.

Repasamos la casa de arriba abajo. En la planta baja, donde se encontraba la tienda de mi madre, vimos, al tirar los tabiques, que las paredes estaban empapeladas y que tenían hasta cinco capas de papel. Alguien recordó que allí, en los años anteriores y posteriores a la guerra civil, había habido una barbería. En todo caso, resultaba imposible saber quién lo había hecho, todo formaba parte de discusiones aproximadas que al cabo de un rato se convertían en humo, como el papel, que se desmenuzaba en cuanto lo sacabas de la pared. Los años y la humedad lo habían reblandecido tanto que resultaba imposible reconstruir la historia de aquel tiempo.

La pareja del álbum sí que tenían planos. Cuando ya se vislumbra una cierta estructura aparece un nue-

www.elboomeran.com

vo personaje que acude para hacer una visita de obras. Parece el arquitecto o alguien del ayuntamiento, no puedo saberlo, podría ser el contratista. Al principio también hay un hombre bien vestido que despliega una cinta métrica. Es una casa unifamiliar modelo, como las que podemos encontrar a decenas y a miles en las ciudades alemanas. Puede haber variaciones en la ubicación de las ventanas y las puertas, en la orientación, en la posición del garaje y en la ornamentación de la fachada, pero la estructura es la misma y los planos debían de variar solo en función de los detalles que indicaban los clientes. Eso sí, por mucho que se parezca al resto de casas, es evidente que para ellos es única, es *Unser Haus*, su hogar, la casa donde proyectaban pasar los últimos años de su vida, en un lugar tranquilo, con un jardín grande y lleno de verduras y árboles frutales. Documentan los progresos porque quieren tener el recuerdo del tiempo preciso, porque se sienten orgullosos de la obra que marcará los años que les quedan, es el resultado de todo lo que han conseguido en la vida. Solo hay que ver lo alegres que salen o, a veces, observar su gesto serio, como quien muestra y confirma que puede sentirse satisfecho con su vida y de hasta dónde ha llegado.

Yo no he llegado a ninguna parte, pero también le tengo cariño a la casa de mi abuela. Hay muebles que vienen de muy antiguo. El arca de novia hay que situarla en el siglo XVIII. Yo pensaba que era de 1870, que es la fecha a la que se remontan las primeras noticias de su propietaria, pero un buen historiador me dijo que venía de mucho antes. Y el lagar de la uva

www.elboomeran.com

ha de ser muy anterior. El paso del siglo xviii al xix fue un periodo próspero en Zaidín; las casas de las calles centrales tienen arcos de piedra que todavía aguantan, y casi todas las fechas que se pueden leer en ellos son de esa época. Para mí es importante porque en una de las casas más bonitas, en la parte superior del arco más alto, el que tiene las puertas más hermosas, hay un Francisco Serés que esculpió su nombre en 1780. Entiendo perfectamente el mensaje: que estamos aquí de paso y que en el siglo xviii ya hubo un Francesc Serés con su vida, sus expectativas y sus temores. No puedo olvidarlo porque tampoco puedo librarme de ver la piedra cada vez que voy a Zaidín; la casa de mi abuela está en la misma plaza.

Supongo que hay gente que puede evitar pensar en la historia, pero para mí es totalmente imposible. Eso no quiere decir que sepa de historia, sé lo que sé, y es cierto que tengo una relación afectiva con el pasa-

www.elboomeran.com

do. Supongo que los que no somos historiadores podemos tomarnos alguna licencia. La pregunta que más me he hecho en los últimos años es qué hacer con ese pasado. Hemos arreglado —hace años lo hicieron mi padre y mi madre, y después yo— una casa en la que vivo veinte días al año. Visto así, y teniendo en cuenta el tiempo que pasé allí, un año de mi vida, el dinero invertido en ella no tiene ningún sentido. Algunos amigos me decían que estaba loco. Quizá es ese mismo tipo de irracionalidad el que te lleva a comprar un álbum como este, o a escribir todas estas historias. Me reconocía en aquellas imágenes de internet, y me reconozco en las fotos del álbum. Yo había reconstruido la casa de mi abuela, y aquella pareja mayor se hacía una casa completamente nueva en la que vivir.

Hay una foto en las primeras páginas que está hecha en un sitio diferente, con edificios altos, urbanos. La abuela del álbum lleva un delantal y habla con un chico, amigo de quien se supone que es su yerno. Si se sigue la secuencia de las imágenes, podemos pensar que dejaban el centro o el barrio de alguna ciudad para trasladarse a vivir a las afueras, pero podría tratarse de cualquier ciudad y de unas afueras cualesquiera de esa hipotética ciudad. Tanto ellos como yo habíamos conseguido un lugar donde cobijarnos. Yo en la casa de mis antepasados, que mis padres ya habían arreglado en su momento, y ellos en una casa totalmente nueva.

Avancé por las páginas y los progresos de las obras mientras recordaba también las obras en casa de la yaya, hasta que, más o menos a la mitad del álbum, llegué a lo más alto, al tejado. En Alemania,

www.elboomeran.com

como en muchas otras partes de Europa, el día que se llega al punto más alto del tejado se celebra con una comida. Se considera que la obra ya ha alcanzado su ecuador —que aquí coincide con el punto medio del álbum— y que a partir de entonces todo será más fácil, que lo más difícil ya está hecho. Es costumbre que el propietario de la casa agradezca el esfuerzo y la dedicación de los albañiles invitándolos a una generosa comida, y entonces se coloca una bandera en lo alto del tejado para que todo el mundo sepa que la obra sigue adelante sin problemas. Aquí no colocan una bandera, sino una gran cesta, tan grande que deben agarrarla entre dos mujeres invitadas para la ocasión. La cesta está decorada con banderitas del partido nazi, con la cruz gamada negra en el centro del círculo blanco. En las fotos, la chica joven del álbum y otras dos chicas que no vuelven a aparecer muestran orgullosas la cesta. También podemos ver como los albañiles y los amigos que han ido a visitar la obra saludan al fotógrafo desde el segundo piso, bajo la cesta. La construcción avanza y el tejado se cubre rápidamente. Me quedé estupefacto y seguí pasando páginas como si no hubiera visto lo que había visto.

El coche con el que se desplazan también sale con frecuencia. Se ve mucho movimiento. Van desfilando los operarios, primero el yesero y después el fontanero, que ha instalado los primeros servicios de agua. Para ser sincero, da gusto ver la calidad del trabajo y el esmero en el oficio. Del desván pasamos a la terraza, al balcón, todo en perfecto estado de revista, y tras bajar a la planta baja vemos el garaje,

www.elboomeran.com

que parece haber sido terminado hoy mismo. Hay cosas a medio hacer y cosas que se van ultimando, y al final vemos la cocina, la bañera y la caldera de la calefacción; incluso hay un montacargas interior. Da gusto, e incluso un poco de envidia, toda esa excelencia, esa profesionalidad, en un momento en el que las casas, en Zaidín, se construían como se podía.

Cuando ya está casi todo terminado, cambiamos de escenario y nos vamos a la ciudad. Poco tiempo, eso sí. De la ciudad solo vemos un camión junto al coche, frente a una tienda de comestibles que podría ser cualquier tienda de comestibles, ya he dicho que no hay ningún cartel ni ninguna señal que indique de qué ciudad puede tratarse. Una vez acabada la mudanza, y con los muebles ya en su sitio, encontramos otra foto que muestra la fachada delantera, con una gran bandera nazi que se descuelga desde el segundo piso. Es el 20 de abril, el cumpleaños del Führer.

Estas fotos no las vi cuando lo compré, el vendedor no las había colgado. La presencia de símbolos nazis conlleva siempre un riesgo añadido, unas veces encarece los objetos, otras veces crea rechazo y el vendedor debe decidir si se arriesga o no. Tal vez pensó que no tenía demasiado sentido en un álbum en el que no había fotos de soldados.

Me quedé estupefacto, y también un poco avergonzado por mi sorpresa. Al fin y al cabo, si había comprado un álbum alemán de los años treinta era muy posible que apareciese algún tipo de simbología en un lugar u otro, pero lo cierto es que lo cerré y lo dejé en la estantería durante unas semanas. No, no

www.elboomeran.com

soy tan inocente como para pensar que era imposible. Y no, no me escandalizo con cualquier cosa, pero es que eso no es cualquier cosa. Si los años de construcción de la casa coincidían con el apogeo del régimen nazi, había alguna probabilidad de que aquella gente, de clase media acomodada, tuviera alguna relación con el partido o incluso de que formara parte del mismo. Pero no tenía por qué ser algo explícito. Podrían haber sido militantes, simpatizantes, votantes o incluso dirigentes y no haber colgado ningún símbolo. O no haberlo incluido en el álbum... Hay muchas posibilidades. Pero no, porque *eso* también formaba parte de su hogar, aquella decoración coronaba la casa y daba sentido a un tiempo. En aquellos años el credo nazi era más que conocido, las agresiones hacía tiempo que eran públicas y continuadas, y mucha gente tuvo que emigrar a otros países. Son los únicos símbolos evidentes que aparecen en todo el

www.elboomeran.com

álbum. No hay ningún cartel, ningún edificio reconocible, ningún topónimo, pero sí la potencia de la cruz gamada. Si no fuera por las letras del lomo, por las fechas o por las fotos de la ciudad en la que se ve la publicidad de la tienda de los propietarios —si bien ningún nombre de calle—, quizá podría ser danés u holandés. Las banderas lo cambian todo.

El álbum continúa con la instalación de los últimos servicios, la limpieza del exterior y la supervisión de las obras. En las últimas fotos la casa está amueblada y los acabados listos para ser fotografiados. Hay contraluces y escenas más o menos preparadas. En algunos casos, la escenografía parece tan estudiada como las posturas del yerno, que en ciertos momentos parecen imitar las de los dirigentes políticos de la época. Hay alegría y celebración, luce el sol,

www.elboomeran.com

estamos en la primavera de 1937. La casa ha ido creciendo mientras el régimen nazi ascendía, son los años finales antes de que empiece la guerra. Hay también otra pareja, y un niño que ha aparecido fugazmente en una foto en el desván y que podemos suponer que es su nieto. La última foto del libro, pegada en el interior de la tapa del álbum, es para él; este es su espacio, el futuro. Debe de tener once o doce años, y no puedo evitar pensar que es el futuro del linaje. En este álbum, el tiempo ha cristalizado de forma tan precisa que le ha permitido llegar hasta hoy. Como la casa, se hizo pensando en que debía perdurar, que las fotografías debían estar bien alineadas, en composiciones que siguieran un ritmo concreto, pasando de la nada de tierra y barro al huerto y al jardín, a las zanjas para los cimientos, a la parte basta de tierra y materiales que después se va cubriendo hasta dejar una casa habitable, presentable, fotografiable. La pintura blanca con la que han escrito las fechas se conserva en perfecto estado. Empezamos en una explanada, en un vacío sin forma, y terminamos con la figura del nieto, posiblemente hijo de otra hija o de un hijo que apenas sale en el álbum. Es un álbum pensado, construido y habitado.

Las reformas que llevé a cabo en casa de la yaya fueron la continuación de las que hicieron años antes mi padre y mi madre. El tejado peligraba y hubo que construir uno nuevo. Se había combado y agrietado en demasiados puntos y mi madre ya no daba abasto para colocar barreños y cubos cada vez que llovía. Además, ¿cuántos años tenía aquel tejado? ¿Cien? ¿Ciento veinte? No había nadie que pudiera

www.elboomeran.com

recordarlo, porque mis abuelos y la madre de mi abuela lo habían visto siempre igual. Cuando era pequeño, debajo del tejado, en el segundo piso, trabajábamos la carne de la matanza del cerdo. En el suelo había dos fuegos que en aquellos días siempre estaban encendidos. El resto del año aquel era mi lugar preferido para jugar, lleno de rincones y con pequeñas habitaciones para distribuir a la gente que iba llegando. Mis bisabuelos tuvieron ocho hijos.

Eran los años diez y veinte del siglo pasado, y mis abuelos y sus hermanos todavía no sabían, como no lo sabemos nosotros, lo que les depararía el futuro, que pasarían una guerra y una dictadura. Mi abuelo no sabía que le iría de un pelo terminar en un campo de trabajo. Mi tío abuelo, hermano de mi abuela, no pudo zafarse y estuvo tres años en uno. Mi abuela materna perdió a su primer marido, y mi abuelo materno, a su primera mujer. Después se casaron, y de ahí viene mi madre, que junto a mi padre arreglaron el tejado. Las obras se prolongaron porque las calles son estrechas. Todo el mundo en la calle recuerda la polvareda, que duró varias semanas. Las vigas y el cañizo todavía aguantaban, y mi padre conservó tantas tejas como pudo, pero todo el material de en medio se deshacía como la harina. Una vecina dijo que eran las almas de la casa, que *pulvis eris et in pulverem reverteris*.

Tal vez sí que aquí la historia siempre deja rastro. Cuando era pequeño buscaba balas entre las piedras de los pilares y los tejados. En casa todavía tenemos dos pistolas de la guerra civil que el tiempo se ha encargado de inutilizar. En la automática falta una pieza, que por otra parte no sería difícil de tor-

www.elboomeran.com

near, y el revólver está tan oxidado que creo que antes morirías de tétanos que por un tiro. También había un fusil con sus cargadores y sus balas. Todo esto lo teníamos controlado y medio escondido, era agua pasada: pistolas que no disparan y balas llenas de verdín y óxido.

La bomba no. Por supuesto, no sabíamos que allí hubiera ninguna bomba, no conozco a nadie que viva tranquilo con una bomba sobre la cabeza.

Uno de los albañiles la encontró entre el encañado y las tejas, bien protegida en un agujero sin humedad, porque, además, alguien la había cubierto con yeso. Era una bomba de mano, una granada de mortero, de las que tienen el mango de madera para poder lanzarlas más lejos. Al principio, los albañiles no sabían qué era, pero uno de ellos se dio cuenta y

www.elboomeran.com

llamó a la Guardia Civil. Tras el susto inicial, una vez que vinieron a acordonar la zona, los albañiles se quejaron de que no podían perder tiempo por una bomba, discutieron con la Guardia Civil y siguieron con su trabajo. Colocamos una caja de madera para proteger aquel bulto y los artificieros llegaron enseguida. Los vecinos decían que no podía ser eso de vivir con una bomba en la calle. Aún aparecerían otras dos granadas. Según los artificieros, todas estaban activas, podrían haber estallado en cualquier momento.

Mi familia ha vivido con un paquete de bombas sobre la cabeza durante tres generaciones. A dos metros de los escondrijos había un fuego a tierra. Ni yo ni mi hermano viviremos con esa amenaza, pero me temo que las bombas simbólicas todavía están donde estaban, que el eco de la guerra civil persiste

www.elboomeran.com

todavía, y que las vigas del mundo en el que vivimos aún están combadas. Todos sabemos que las estructuras sociales, culturales y económicas del país se retorcieron de tal modo que incluso hoy se construye en falso. La pareja del álbum colgaba banderas nazis desde lo alto de la fachada, mis abuelos escondieron bombas en el tejado.

Rogelio, el albañil que se dio cuenta de que eran bombas, tenía un buen motivo para reconocerlas. Cuando era pequeño le estalló una similar, provocándole muchas heridas en todo el cuerpo, y un fragmento de metralla le vació un ojo. A veces parece que la fatalidad te haga escribir cosas que nunca habrías pensado que escribirías, yo solo buscaba unas sillas cómodas en Berlín y, de repente, como surgida de la nada, aparece una historia como esta. Supongo que era el momento y que sale todo ahora porque hemos tenido las guerras más cerca y existe alguna forma narrativa que va por dentro del tiempo y que nos ata a todos a la historia. La lista de gente del pueblo que sufrió alguna explosión es larga, aunque ahora solo queden los que lo vivieron siendo muy pequeños, gente a la que siempre he visto igual: alguien a quien le falta una parte del pie, de la pierna o del brazo, un ojo, algún dedo o, simplemente, alguien que tiene cicatrices en el cuerpo provocadas por la metralla. La pareja del álbum no es consciente de todo lo que está a punto de ocurrir. Cuando terminan la casa falta un año para la anexión de Austria, algo que en ese momento todo el mundo debía de tener en la cabeza de un modo u otro. A partir de aquí la historia es conocida, la Historia con mayúscu-

www.elboomeran.com

las, al menos, la que estalla y expulsa la metralla de pequeñas historias como las de este libro.

Las fotografías con las banderas me impactaron. Durante semanas, durante meses, agarraba el álbum y volvía a dejarlo. Lo digitalicé porque me daba miedo estropearlo de tanto pasar páginas. Aquellas fotos lo cambiaban todo, pesaban demasiado. ¿Lo habría comprado si las hubiera visto? No lo sé, el caso es que había relacionado las dos casas, y el lomo me miraba desde la estantería y me enseñaba el *Unser Haus I* sin orgullo y sin vigilancia pero de manera sólida, como un recordatorio de que ya no me libraría de él. Por supuesto, no lo podía vender, y tampoco iba a tirarlo, sería incapaz de hacer algo así. Pero lo cierto es que no sabía qué hacer con él, si es que debía hacer algo. Ni siquiera sabía cómo debía mirarlo. Quizá si lo hubiera comprado un mes más tarde, una vez que ya hubiera estallado la guerra en Ucrania, habría atado algún cabo, pero recibí el libro el 10 de febrero de 2022, cuando todavía pensábamos que no habría guerra, quizá no porque creyésemos que era imposible, sino porque queríamos creer que no teníamos por qué vivir otra barbaridad. Estábamos equivocados, pero entonces no lo sabíamos, o yo no lo sabía.

Sea como fuere, el álbum estaba ahí, en la estantería, esperando. El problema era que me costaba establecer algún tipo de diálogo con los personajes que salen en las fotos, no sabía cómo hablar con ellos. Miran a la cámara, es decir, a quien los mira a ellos, a mí, pero no había ninguna individualización, ningún detalle que me permitiera saber algo de ellos más allá de la historia que los contenía y que podía

www.elboomeran.com

describirlos a través de otras historias. El único detalle que encontré, que además podía pasar desapercibido, fue la matrícula del coche. Y digo desapercibido porque cuesta ver una matrícula, y esta se ve al bies, pequeña y muy borrosa. En una ampliación forzada, que hace aún más borrosas las letras y los números, se pueden llegar a intuir las letras que indicarían la ciudad de la que proviene. HH, Hansestadt Hamburg. Pero que el coche tenga matrícula de esa ciudad no tiene por qué significar nada. Un amigo fotógrafo hizo una búsqueda para mí y encontró el mismo coche, pasados los años, en una especie de carrera, con quien supongo que era su nuevo propietario, que se fotografía junto al que también supongo que debía de ser el copiloto o el mecánico. O simplemente un amigo. Suposiciones. Cuando no conocemos una historia la queremos conocer, y cuando empezamos a conocerla no queremos conocer tantas cosas.

Muy bien, era Hamburgo. ¿Y qué? El coche podía ser de segunda mano, los propietarios de la casa podían haberse mudado a cualquier otra ciudad o, simplemente, el coche podía ser del que parece ser su yerno, que podría ir y venir desde otro sitio. Además, la ciudad fue bombardeada muchas veces, hasta que del centro no quedó nada, como ocurrió con tantas otras ciudades. Pero, por otro lado... Por otro lado, la casa no está en el centro, está en uno de los barrios de las afueras, por eso hay aquellos descampados... Pero, claro, en esos barrios de las afueras también se combatió, y según los mapas que he consultado la destrucción llegó hasta la periferia, inclu-

www.elboomeran.com

so hasta los lugares donde había pocas casas. Quizá estas no fueran bombardeadas desde el aire y las destruyeran los tanques. No lo sé, no quiero saber este tipo de detalles. Por otro lado —siempre por otro lado—, ¿cuántas casas como aquella podían existir en esa ciudad? ¿Miles? ¿Decenas de miles? ¿Y cómo habría cambiado, para poder identificarla?

La casa existe. Todavía está ahí. Cuesta reconocerla porque se han hecho reformas y ni la calle ni el barrio se parecen a los del álbum, pero algunos elementos de las casas vecinas, como los tejados, y la orientación de las calles despejan cualquier sombra de duda. He ido a verla y en ella vive alguien. No he buscado nombres, no he buscado catástrofes o miserias familiares porque no creo que deba hacerlo. Ni siquiera he llamado al timbre, como mucha gente me ha sugerido que hiciera, no creo que tenga sentido. Solo la he visto desde fuera y he tomado las fotografías oportunas de forma discreta, creo que ni los

www.elboomeran.com

que viven allí ni los vecinos me han visto. Es la casa, todo encaja.

Detrás del descubrimiento no hay ninguna aventura extraordinaria, solo una larga tarde de mapas, de Google Maps y de Google Earth, una tarde que se prolongó hasta bien entrada la noche. La única referencia posible para encontrar la casa era una hilera de casas pareadas que se veía al fondo de algunas fotografías. Claro que en una ciudad puede haber cientos de hileras de casas pareadas, y desde los años treinta hasta ahora ha habido remodelaciones, planes urbanísticos y, por supuesto, una guerra que arrasó el centro y muchos barrios. Por si fuera poco, aquel tipo de casas eran muy frecuentes, se siguieron construyendo después de la guerra, y cuando empecé a consultar mapas ni siquiera estaba seguro de que Hamburgo fuera el lugar donde tenía que buscar. Pero ¿qué podía perder? ¿Tiempo? El uso del tiempo es casi lo único que nos define, ¿y acaso no lo he desperdiciado otras veces en la vida? ¿Qué podría perder realmente? Observé Hamburgo desde el cielo y, tras marcar varias hileras de casas, me fijé en las que tuvieran una decena. Hay muchas, por supuesto, y yo no buscaba la hilera de casas, sino aquella casa, pero poco a poco fui descartando sitios, calles e hileras. En las seis que seleccioné había muchas casas similares a la que buscaba, pero disponía de una pista que podía resultarme útil. Al lado de la casa había otras dos que no tenían la misma forma que las anteriores, y la inclinación del tejado de una de ellas era bastante peculiar. En Google Maps también había una así. Al ampliar la imagen pude ver que se le

www.elboomeran.com

parecía. Había algunas casas borrosas, las que los propietarios no quieren que se vean, pero afortunadamente no era el caso de la que yo buscaba. Me despistaban mucho la posición relativa y la orientación de la calle. La casa que sale en el álbum tiene un garaje que en la casa que había encontrado había desaparecido, pero lo que más me desorientaba era que la organización del trazado de las calles y la orientación de las entradas y salidas de algunas fincas habían cambiado. En el álbum se entra por el lado en el que ahora hay un jardín cerrado, y la fachada que hoy da a la calle es la que antes estaba en la parte trasera.

Era ya cerca de medianoche cuando confirmé que se trataba de la casa. Dasha me dijo que me calmara, que había muchas probabilidades de que estuviera equivocado. Supongo que si me hubiera dado la razón no habría llamado a Arnau, un amigo arquitecto, a esas horas de la noche. Es cierto que antes le envié un mensaje para ver si estaba despierto y él me preguntó si podía esperar a mañana, pero cuando le conté de qué se trataba, él tampoco pudo esperar, así que encendió el ordenador y situó las imágenes que le había enviado. Y entonces me dijo que sí, que parecía la casa, pero que de ninguna manera podía serlo.

—Todo encaja, la posición relativa es exacta, y me maravilla que lo hayas encontrado, porque lo he triangulado en un momento y todo coincide. Pero la hilera de casas y las inclinaciones de los tejados son solo una casualidad. Lo siento, pero no puede ser.

—Todo encaja y no puede ser..., explícamelo.

—Hay una cosa que no puedes cambiar.